

conocimiento, tiene en verdad una base muy incierta. Hay en este mundo muchas personas bien intencionadas que se imaginan que es indispensable para salvarse creer que un hombre llamado Jesús de Nazareth haya vivido y muerto en Palestina; pero sería difícil dar una razón inteligible porque la creencia en semejante personaje histórico fuera necesaria para la salvación, ó explicar en qué dicha creencia fuera diferente en sus resultados de la creencia en Julio César, Aristóteles ó en cualquier otro personaje histórico, como que todas las opiniones respecto á las cosas de que no tenemos experiencia personal, son meramente opiniones y no constituyen un conocimiento verdadero. El creer en un acontecimiento acerca del cual no se sabe nada, es aferrarse á una superstición aun cuando el acontecimiento es verdaderamente cosa cierta. No podemos tener conocimiento propio acerca de las personas que han existido antes que nacióramos, más podemos en cualquier tiempo y donde quiera, realizar en nosotros mismos la presencia del verdadero salvador, el eterno Cristo viviente.

Todas las tentativas para explicar intelectualmente los milagros y los hechos atribuidos al gran nazareno con el fin de hacer más plausible el que se hayan verificado en un sentido literal, son por lo tanto degradantes para la religión y pueden considerarse como un sacrilegio, porque arrastran las verdades espirituales hasta la tosca vida material, condensan las sublimes ideas en estrechas formas materiales, y destruyen la hermosura de lo ideal haciéndolo aparecer en una forma sensual y vulgar. Aun las más exaltadas virtudes que un poeta pudiera atribuir á un salvador personal no le darían jamás aquel esplendor que rodea la cabeza del Cristo eterno é impersonal; y todas las tentativas para hacer concordar las hermosas alegorías de la Biblia con los hechos históricos, queda-

rán sin éxito, y aún parecerán ridículas al observador despreocupado y juicioso (1).

No es posible decidir si las doctrinas de la *Biblia* son verdaderas ó nó con afirmar ó negar que los acontecimientos allí referidos se hayan verificado en la vida eterna. Se ha de buscar esta prueba en la evidencia interna de dichas doctrinas, y esta evidencia aparecerá bastante clara luego que se entiendan.

Igualmente absurdas son las tentativas para probar racionalmente que pudieran verificarse milagros, como los que se describen en la Biblia, porque la prueba incontestable de que un solo milagro se hubiera verificado, derrocaría inmediatamente el fundamento de todas las religiones, y destruiría la creencia en un Dios eterno é inmutable. Dios mismo, siendo la Ley, no puede obrar en contra de sí mismo sin cometer suicidio, y los que tratan de sostener una creencia en la posibilidad de acontecimientos antinaturales ó absolutamente sobrenaturales niegan que Dios gobierne la Naturaleza. Ellos le degradan en un sér falible que cambia de parecer, y está sujeto á caprichos, cuales son los producidos por las influencias externas; pero ¿qué influencias externas pudieran obrar sobre Dios que es existente por sí mismo y omnipresente, é incluye al Todo? El hecho de que no se ha verificado jamás milagro alguno, es el más formidable argumento en pró de la existencia de un Dios universal, porque prueba la existencia de una Ley universal é inmutable, cuyo Le-

(1) Gerardo Massey dice: «Los peores enemigos de la verdad han sido siempre y son todavía los racionalistas de mito, v. g. los Unitarios. Ellos han tomado la historia humana (de Cristo) como punto de partida y han aceptado la existencia de un fundador personal del cristianismo como el hecho fundamental é inicial. Se han esforzado en armonizar la divinidad de los mitos descartando el elemento sobrenatural y milagroso á fin de que se aceptara la narración como historia. De esta manera han perdido la batalla desde el principio por combatir en un terreno falso». --Gerardo Massey. *The Historical Jesus and the Mythical Christ*.

gislador ha de ser igualmente universal y no sujeto á cambio alguno. Sin embargo, los que pretenden reconciliar con la razón material los milagros de la Biblia, esforzándose en explicarlos con teorías de prestidigitación ó con la teoría espiritista, son los que excitan más compasión, porque dan pruebas de que no tienen ni la fé que caracteriza al cristiano ni la inteligencia suficiente para ver donde terminan las supuestas «realidades» y donde comienza el imperio de la fábula que representa al verdadero Ideal.

Muy poco nos dice la «historia profana» respecto á la persona del gran reformador. Todo lo que podemos inferir de unas cuantas breves observaciones en *Tácito* y en *Josefo* (cuyas observaciones, según el parecer de algunos, son interpolaciones), es que existió semejante personaje, y por las mismas hemos de deducir que algunos le consideraban como hechicero; y otros como uno de los pretendidos reformadores y fanáticos religiosos de aquellos tiempos; que él se oponía á las opiniones religiosas que entonces privaban, y que finalmente fué condenado á muerte por atacar las instituciones consagradas por el tiempo, y sobre las cuales descansaban la seguridad de la iglesia y la autoridad del clero.

Se cree que la llamada historia sagrada, cual se halla en los «cuatro evangelios», da una relación sucinta de su vida y de sus doctrinas; pero mientras que, respecto á los acontecimientos históricos que forman la base de las relaciones de los evangelios, parece existir un hilo de verdad; el conjunto de dichas relaciones ofende al Sentido Común y no ofrece nada más que una repetición de alegorías diferentes, como las que se encuentran en los antiguos libros de los Egipcios, de los Persas y de los brahmanes. Muy curiosamente han sido mezclados los antiguos mitos con la biografía de Jesús de Nazareth y representados

como si se hubieran verificado durante su vida. Los pocos detalles probables respecto á la vida de Jesús, se hallan tan repletos de fábulas y alegorías mal interpretadas, que el *Nuevo Testamento* merece que se le considere más bien cual un poema que dá una descripción de los procesos psicológicos, que no cual un libro de historia que relata acontecimientos visibles.

Si examinamos ese libro sin preocupación y sin parcialidad sectaria encontramos en él dos corrientes de pensamiento. La primera se aplica á la vida de un hombre, el que—si no ha sido del todo mal representado—ha de haber sido un gran genio, un héroe y un reformador. La segunda corriente se refiere á las verdades sagradas que se enseñaban en las doctrinas secretas de los Arios y de los Egipcios, y cuyas verdades se hallan presentadas en los libros de Hermes Trismegisto, en el *Bhagavad Gita* y en otros. En estos libros antiguos se hace mención del Principio de Cristo mucho antes que se conociera la palabra «Cristianismo», y á este antiguo origen pueden remontarse claramente los mitos de la «Inmaculada Concepción», del «Hijo de Dios», etc. Lejos de desacreditar la veracidad de los principios en que se basó el cristianismo primitivo, este descubrimiento sirve más bien para fortalecer el fundamento en el cual estriban las doctrinas originales; no echa por tierra las verdades propuestas en la *Biblia* sino que va confirmándolas con demostrar que los procesos así alegóricamente descritos, no son meramente acontecimientos del pasado, sino que ocurren continuamente y que con toda probabilidad seguirán ocurriendo en el porvenir.

Los que creen tenazmente en un Cristo meramente personal é histórico, pretenden que los evangelios fueron escritos por los apóstoles, los cuales sabían muy bien de

que hablaban, como que habían sido discípulos de Jesús y testigos oculares de los milagros que hiciera. Dando por supuesto que estos hombres hayan dejado algunas relaciones escritas, ellos no pueden ser responsables por todas las adiciones é interpolaciones que sus secuaces hicieran después y que no pueden escapar al exámen de la sana razón y de la lógica. Hase probado, sin embargo, por recientes investigaciones que los apóstoles no escribieron ninguno de los evangelios en su presente estado, sino que es probable que hayan sido coleccionados mucho después por algunos miembros desconocidos de la Iglesia, los que les prefijaron los nombres de los apóstoles á fin de darles el sello de la autoridad incontestable, mientras que sin duda eliminaron de las tradiciones existentes muchas cosas que parecían perjudiciales á los intereses de la Iglesia, ó contrarias á sus propósitos y sus opiniones.

No tenemos la intención de entrar en una discusión respecto al origen de los evangelios, ni sería de esperarse que de una controversia sobre tales materias resultara algún beneficio, porque en asuntos de religión y donde no existe conocimiento alguno, el sentimiento tiene una atracción más fuerte que la razón. Ningún argumento es bastante poderoso para obligar á cualquiera á abandonar una opinión favorita á la que ha resuelto aferrarse; mientras que aquellos cuyo conocimiento es exclusivamente el resultado de la argumentación, tienen muy poco poder para percibir la verdad espiritualmente. Los que se aferran á las supersticiones consagradas por el tiempo, así como los que se deleitan con el excepticismo y la sofistería, se alimentarán con el sustento que han escogido hasta que queden saciados.

Después de todo, ¿qué nos importa saber si nuestro

Cristo ideal ha existido jamás en la historia ó nó? Si pudiéramos ó tuviéramos que imitar las acciones cotidianas del hombre Jesús de Nazareth con todos sus detalles, entonces importaría tal vez saber si lo que se refiere de estos hechos fuera literalmente verídico: más como vivimos en una época diferente y en circunstancias diferentes, no podemos imitar con todos sus detalles su vida exterior. Sin embargo, podemos considerarle como un elevado ideal é imitar su vida *interior*, y podemos vivir según semejante ideal sin saber si ha sido ó no jamás personificado en la tierra. Es infinitamente más importante imitar sus pensamientos que sus actos personales.

Si contemplamos la imágen de Jehoshua cual se ve al través de las nieblas fluctuantes de incienso mezcladas con los vapores de la sangre humana y el humo de los herejes quemados, solo columbramos una imágen desnaturalizada y torcida del Jehovah judío, una sombra espectral que no tiene semejanza de dios ni de hombre. Si lo contemplamos desde un punto de vista racional y le aplicamos la regla por medio de la cual suelen medirse los mortales, hallamos que nuestra medida es algo corta, pues descubrimos en él una sublimidad de carácter, un amor ilimitado, una inteligencia transcendental, que no se hallan combinados en un solo personaje de la historia moderna del mundo. Empero, si le consideramos como el más alto grado de florecencia de la humanidad, una persona cuya mente era iluminada por la Sabiduría Divina—un *Adepto*—, que poseía el conocimiento de su Yo Superior, todo lo que parece extraño é imposible en su carácter se vuelve desde luego claro y comprensible. Sin embargo, no podemos concebirle bajo este aspecto sin entrar hasta cierto punto en el reino místico de la ciencia oculta, cuya clave es el poder de la percepción espiritual,

llamada *Intuición*. Bajo este concepto se nos presenta como un Hombre ideal y como una personificación de la Sabiduría divina.

La regla de la moralidad y de la espiritualidad de un pueblo, dependerá siempre de la cualidad y de la disposición de los ideales que sigue. Si sus ideales son monstruosos y desnaturales, será vicioso y llevará una vida antinatural, si sus ideales son verdaderos será guiado por consideraciones de la verdad. El ideal creado por los monjes españoles y al cual llamaban su «Cristo», era un diablo y las acciones que ellos hacían eran obras de diablos. La regla de moralidad y espiritualidad que existe entre las varias iglesias cristianas del mundo, incluyendo más de doscientas sectas cristianas, puede estimarse correctamente según su concepto más ó menos elevado de la palabra «Cristo». En muchos casos este concepto es muy raquítico, y por lo tanto las doctrinas de estas sectas difieren considerablemente de las doctrinas de Cristo.

El «Cristo» y «Mesías» significa el poder redentor de la Conciencia Espiritual, del amor y de la Inteligencia *Universales*, mientras que el «Cristo» limitado de las iglesias es meramente una persona cuyo amor se manifiesta á lo más dentro de la iglesia. El verdadero Cristo significa *Vida Universal*, mientras que el «Cristo» de las sectas significa separación y favoritismo. El verdadero cristianismo significa iluminación espiritual, benevolencia universal, caridad y tolerancia; el eclesiasticismo significa oscuridad mental, ignorancia obstinada, egoísmo, intolerancia, arrogancia y odio para todos aquellos que no quieren someterse al yugo clerical. La verdadera religión, tal cual se descubrirá quizás en la *edad de oro* todavía muy distante, significa esa renunciación y abnegación que vemos descriptas en el *Bhagavad Gita* y en

otros libros sagrados del Oriente, y la cual está también representada por el símbolo de la Cruz cristiana, tan mal comprendido; pero el sectarianismo moderno, hijo del culto del sanguinario Jehovah, descansa en la concentración de todas nuestras esperanzas y aspiraciones para alcanzar algún beneficio egoísta en esta vida ó en la futura; descansa en el anhelo de salvar esta personalidad indigna, aún cuando su salvación acarreará la ruina del resto del mundo.

La verdadera religión—el poder de conocer y realizar las verdades espirituales—se alcanza por aquellos que pueden elevarse por encima de la esfera de su personalidad ilusoria; el sectarianismo recibe su vida y su alimento del amor de los hombres para su personalidad animal y del temor de perder esta cosa querida. Mientras no se arranca del corazón del género humano este amor de sí mismo—basado en un concepto totalmente erróneo de la verdadera naturaleza del Hombre—y no se reemplaza por el conocimiento, el Arbol Upas del dogmatismo encontrará, en dicho amor de sí mismo, un terreno en qué extender sus raíces y recoger beneficios temporales para la iglesia á costa del bienestar eterno de sus secuaces engañados.

En *Jehoshua Ben Pandira* vemos un hombre divinamente inspirado. Inspirado—no por alguna deidad personal exterior—sino por la luz eterna de la Sabiduría Divina que iluminaba su mente. En él vemos primeramente un Rabino, un hombre de grandes talentos, que buscaba afanosamente la verdad, y que después de haber sido iniciado en los antiguos misterios egipcios, llegó á ser profeta y vidente. Habiendo alcanzado el conocimiento de la verdad, la defendió heroicamente contra los sacerdotes del templo, y sacrificó su vida en la tentativa que hizo para hacer comprender á las masas la vida del verdadero Cristo que en él existía. Procuró dispersar las

nubes de oscuridad creadas por la superstición y el temor á fin de que la luz del conocimiento espiritual entrara en el corazón del hombre. Enseñó el principio del amor fraternal universal, del amor por el amor mismo—no un amor motivado por la esperanza de conseguir alguna recompensa; pero sus ideas eran demasiado grandes, demasiado sublimes para que las comprendieran los fanáticos y demás gentes de pocos alcances de su época. Fué asesinado por aquellos á quienes pretendía salvar; y *El—cuya vida entera no tuvo otro objeto vital que echar por tierra la creencia superticiosa en un Dios limitado, separado de la humanidad y sujeto á antojos y caprichos—fué tan mal comprendido por sus discípulos, que después de su muerte los que pretendían creer en sus enseñanzas, hicieron de él un dios limitado, separado de la humanidad, y le tomaron como objeto de su culto exterior.*

En *Jesús de Nazareth* tenemos una hermosa alegoría que representa el gérmen espiritual de la Inteligencia divina en el alma del Hombre, concebido, en el corazón por el poder de la Sabiduría Divina, naciendo continuamente en la mística *Bethlehem* situada en la región más pura del alma humana. Es blasfemia y absurdo hablar de El como de un personaje histórico. «Nunca le mataron los Judíos, aunque los supuestos cristianos le crucifican continuamente. Vive hoy en día y vivirá siempre, habitando en el corazón de aquellos que le adoran y obedecen sus mandamientos.

¿Está la humanidad mejor preparada hoy para recibir el evangelio del poder salvador universal del Conocimiento y del amor, que lo que lo estaba cuando existía Jesús? ¿Están listos los hombres ahora para descartar la religión del temor y del egoísmo y para sustituirla con el evangelio de la Libertad? ¿Les será ahora posible comprender que su querida personalidad á la cual se aferran

desesperadamente como se aferra á una paja el hombre que se ahoga, no tiene existencia permanente alguna. sino que es una simple ilusión, un producto de una siempre mutable acción mútua de fuerzas correlativas, las cuales, obrando en el plano físico producen esa sensación que causa la ilusión de la existencia aislada? ¿Estarán prontos los piadosos para creer que ántes de que puedan esperar la inmortalidad de su yo individual tendrán que empezar á vivir encontrando aquel *Yo Supremo* individual, su *Salvador*, que existe en una vida superior á la separación de las formas? ¿Estarán prontos para recibir el evangelio de la vida eterna y espiritual en el espíritu? ó considerarán idéntica con la negación de la inmortalidad del *alma*, una doctrina que niega la inmortalidad del yo inferior? ¿Han llegado los hombres á ser bastante inteligentes y heróicos para ser libres? ó necesitan todavía las muletas de la esperanza y del temor á fin de poder quedarse de pié? ¿Son ahora los hombres sus propios amos, ó son todavía el clero y la superstición calamidades necesarias para tener á los ignorantes en la sujeción y en el terror y para hacerles obedecer á la ley? ¿Es realmente útil una religión que tiene por base el amor de los hombres para sus personalidades animales, y cuya única razón de ser es su conveniencia y utilidad para objetos políticos y sociales? ¿Es apta semejante religión para ennoblecer al género humano, ó acaso puede encontrarse en el espíritu de amor propio en que descansa esa religión la causa del crecimiento del egoísmo y de los males que de él resultan? Será posible ahora proclamar verdades que en todos los tiempos se han cuidadosamente ocultado á los ojos de los ignorantes? y si nó ¿no debe decirse la verdad por amor á ella misma sin considerar las consecuencias que de ello resultaren? ¿Puede tener

al fin el conocimiento de la verdad otro efecto que el de ennoblecer á aquellos que abren los ojos á su luz, aún cuando el alba de hoy causara una perturbación temporal entre las oscuras nieblas de la ignorancia que cubren la faz de la tierra?

Parecen en sumo grado dignas de nuestra consideración estas importantes cuestiones, especialmente hoy en día, cuando en todas las partes del mundo se ven los templos cristianos vacilar y amenazar ruina porque están edificados sobre la arena, cuando alzan la cabeza los monstruos nacidos de la ignorancia el anarquismo, el socialismo, el nihilismo, etc., y la prole del egoismo, la tiranía y el monopolio chupan, cual vampiros, la sangre de la humanidad; cuando la Europa entera parece amenazada con una guerra devastadora, y la América empieza á padecer los males producidos por causas trasplantadas del antiguo al nuevo mundo.

Respecto á la llamada ciencia, la edad que parece ahora tocar á su fin ha sido una edad de ciego materialismo; respecto á la llamada religión; ha sido una de formalismo y de credulidad en supuestos hechos históricos; pero se dice que ahora ha llegado el momento en que va á abrirse uno de los sellos del «libro cerrado» mencionado en la *Biblia*, es decir, que el entendimiento de la humanidad en general se abrirá á la comprensión de las verdades eternas que durante los siglos pasados han sido mal comprendidas.

Las alegorías siguientes describen los procesos que se verifican en la vida interior ó subjetiva de todos los que se esfuerzan en alcanzar su iniciación, y cuyos procesos deben por tanto haberse verificado en la vida interior de Jehoshua, si esta persona fué lo que bien se puede suponer— un hombre iluminado por el espíritu de la Sabiduría Divina.

LA VERDADERA HISTORIA DE CRISTO

(ALEGORÍA)

Por siempre jamás brilla la Luz en la oscuridad, más la oscuridad no la comprende.

Muchísimo tiempo hace, quizá millones de siglos, en una época fuera de todo cálculo humano, había un reino de luz en el cual residía el Espíritu de sabiduría. Su cuerpo era como un sol y los rayos que de él emanaban, llenaban de gloria el universo. Todo el espacio estaba lleno de una materia ígnea y etérea, desconocida al hombre, y la luz que de aquel Espíritu procedía, penetraba en el dominio de la Materia y le daba vida y sensación. Gradualmente empezó á enfriarse esta materia, formáronse centros de atracción alrededor de los cuales más materia fué condensándose; estos centros se desarrollaron en globos giratorios que viajaban por el espacio con la rapidez del relámpago, guiados por el Espíritu de Sabiduría. Sobre estos globos crecieron piedras, vegetales, animales y seres humanos.

Más á medida que se iba condensando y solidificando esta materia, volvíase impenetrable á la luz que procedía del Espíritu de Sabiduría, y vagaban en la oscuridad los